

DE- CONSTRUCCIÓN

El primer paso hacia otro mundo
posible

Enero 2026

DE-CONSTRUCCIÓN

Una activista y gran artista queer, @fifitango (si no la siguen, vayan ya a seguirla), me dijo una vez en una entrevista que para **deconstruirse de verdad había que destruirse para volverse a armar**. La frase quedó resonando. Porque incomoda. Porque no promete suavidad. Porque no vende una transformación estética, sino un proceso profundo, muchas veces doloroso.

Deconstruirse no es sumar conceptos nuevos a una identidad intacta. Es aceptar que hay estructuras —internas y externas— que necesitan ser desarmadas. Y ese proceso, aunque empieza de manera individual, no puede pensarse sin lo colectivo. No podemos imaginar una sociedad más justa e igualitaria utilizando las mismas lógicas, jerarquías y privilegios que sostienen las desigualdades actuales. No alcanza con maquillar el sistema: hay que cuestionarlo en su raíz.

Acá no se trata de buscar culpables ni de juzgar con superioridad moral a generaciones anteriores que hicieron lo que pudieron con las herramientas que tenían. Se trata de hacernos cargo del presente. De animarnos a transitar un proceso que no es fácil, pero que tiene sentido. Y si algo motivó mi recorrido profesional desde que terminé el secundario, es esa convicción: un mundo mejor es posible, pero no se construye en soledad. Pensar juntxs implica, necesariamente, pensar con todxs.

Muchas personas que desconfían del feminismo sostienen que el patriarcado es una invención para responsabilizar a los varones de todos los males sociales. Por eso vale la pena detenernos y explicar de qué hablamos cuando hablamos de un sistema que necesita ser deconstruido.

Hablamos, en primer lugar, de un mundo organizado en torno a una forma de producción que beneficia a quienes concentran aquello que otros no tienen. A ese “algo” se le asigna valor, históricamente representado por el dinero, y sobre esa desigualdad se construyen jerarquías sociales. Sin embargo, hoy sabemos que la riqueza de una sociedad no se mide solo en términos monetarios, sino también en recursos naturales, vínculos, cuidado y bienestar colectivo. El problema es que esos otros valores siguen siendo sistemáticamente invisibilizados.

Esta desigualdad no es nueva ni accidental: es histórica. Y no se desanda rápido porque hay sectores a los que la equidad no les conviene. Y acá hago una aclaración necesaria: hablo de equidad, no de igualdad. No somos todxs iguales, ni partimos del mismo lugar. La equidad implica reconocer esas diferencias y garantizar condiciones justas para que cada persona pueda desarrollar su potencial. Tratar a todxs igual en un contexto desigual no es justicia: es perpetuación del privilegio.

Los datos lo muestran con crudeza. Aunque nunca lo hayas vivido en carne propia, las mujeres en el mundo cobran, en promedio, un 16 % menos que los varones por el mismo trabajo. En Argentina, esa brecha asciende al 28 %. Si sumamos las trayectorias de desempleo y precarización laboral que atraviesan cotidianamente las mujeres trans, el número se vuelve todavía más brutal: una mujer en Argentina gana alrededor de 72 centavos y una mujer trans apenas 20 centavos por cada peso que percibe un varón en puestos equivalentes, cuando logran acceder a ellos.

Este sistema también es colonial. Premia ciertos cuerpos, ciertas pieles, ciertos orígenes, y castiga otros. Las personas de piel clara circulan con más seguridad y menos sospecha que aquellas racializadas. Las comunidades afrodescendientes y, con mayor violencia aún, las de origen indígena han sido históricamente invisibilizadas. Quizás alguien diga que la colonia ya no existe. Entonces vale la pena preguntarse por qué seguimos usando expresiones como “trabajé como negrx” para hablar de agotamiento, o por qué en tantos grupos de amigxs hay alguien a quien llaman “el negro” aun cuando su piel es clara. El lenguaje no es inocente: reproduce jerarquías aprendidas.

Y no podemos dejar afuera la hegemonía de los cuerpos. Altos, delgados, jóvenes, musculosos, sin arrugas, sin grasa, con pelo lacio y ojos claros. ¿Quién decidió qué es bello? ¿Quién te exige llegar al verano de determinada manera? ¿A qué precio físico, emocional y económico? Los mandatos estéticos también son dispositivos de control, y no afectan a todxs por igual.

Estos son solo algunos ejemplos de lo que necesitamos deconstruir. Pero deconstruir no significa negar, ni atacar, ni “cancelar”, ni odiar. Deconstruir es pensarnos en comunidad, preguntarnos de dónde vienen esos mandatos, quién se beneficia con ellos y hasta dónde estamos dispuestxs a cuestionar las certezas con las que crecimos.

Ningún cambio profundo ocurre de un día para el otro. No todo puede transformarse al mismo tiempo. Pero frenar y preguntarte por qué le otorgás más valor a una identidad que a otra ya es un primer gesto político. Tal vez nos lleve años —como sociedad— desarmar este sistema patriarcal, capitalista, colonial y heteronormado. Pero si no empezamos, si no nos animamos a incomodarnos un poco, nunca vamos a poder reconstruir algo distinto.

La pregunta queda abierta, y es urgente:
¿Qué sesgos estás dispuestx a deconstruir hoy para dar el primer paso?